

## RECENSIONES

### RECUPERACIÓN DE LA REVISTA *GLADIUS* *RECOVERING OF THE JOURNAL GLADIUS*

La revista *Gladius* es el órgano de expresión del Instituto de Armas Antiguas de Jaraíz de la Vera en la provincia de Cáceres. Este Instituto se funda en 1960 en Dinamarca, país de origen del matrimonio formado por Fernando E. Hoffmeyer y su esposa, Ada Bruhn, y un año más tarde se emprende la publicación de su revista. En 1962 comienza a editarse en España, después del traslado de sus fundadores a nuestro país. Desde 1964 la sede del Instituto se fija en la citada localidad de Jaraíz, vinculándose inmediatamente al CSIC, asociación que queda definitivamente fijada en 1992, cuando el Consejo de Ministros acuerda la aceptación de la herencia de Dña. Ada, en la que el Instituto se incorpora al CSIC. En todo este periodo es el matrimonio Hoffmeyer y, a partir de 1975, la propia Ada Bruhn, los que dirigen, coordinan y realizan una revista que alcanza un gran prestigio internacional, gracias en gran medida al esfuerzo de esta investigadora por conseguirlo. En esta etapa se publican 17 números y varios volúmenes monográficos.

En 1994 se firma un convenio entre la Junta de Extremadura y el CSIC, y entre otros compromisos fija la continuidad de la revista *Gladius*, órgano de expresión, como se ha indicado anteriormente, del Instituto Hoffmeyer para el Estudio de las Armas Antiguas, nombre que adquiere con fecha 29 de mayo de 1997, siendo éste un Centro con Patronato. Este último queda constituido con fecha 4 febrero de 1998, y en el intervienen el CSIC, la Junta de Extremadura, la Diputación de Cáceres, el Ayuntamiento de Jaraíz, y la Caja de Ahorros de Extremadura. Poco después se incorpora Patrimonio Nacional.

Desde la primera reunión del Patronato se hace mención de que nuestro primer interés debe ser relanzar la revista con el mismo prestigio que tuvo en su momento, cumpliendo con ello varios deseos: el de la propia Ada Bruhn, que tanto luchó por su nacimiento y continuidad, el de los numerosos suscriptores que nunca dejaron de solicitar nuevos números y nuestro compromiso de cumplir el primer objetivo de todo investigador, y que es dar a conocer el resultado de nuestro trabajo a través de una publicación.

En esta nueva etapa la revista, dirigida por Fernando Quesada y Álvaro Soler, se inicia con un número homenaje al matrimonio Hoffmeyer. En éste nuevo número se presentan trabajos de gran interés, cuya línea común es comprender los sistemas sociales a través de sus equipos de armamento y estrategias de guerra, prestando una especial atención a las relaciones en-

tre las culturas oriental y occidental con un ámbito cronológico amplio, desde la Prehistoria hasta los inicios del siglo XIX.

#### **Pilar López García**

Directora del Instituto de Historia. CSIC.  
Duque de Medinaceli, 8. 28014 Madrid.  
Correo electrónico: cehpl99@ceh.csic.es

---

J. ALCINA FRANCH (coord.): *Diccionario de Arqueología*. Alianza Editorial, S.A. Madrid, 1998, 955 pp., mapas, ils. ISBN: 84-206-5255-5.

Alianza Editorial ha publicado *Diccionario de Arqueología* (Madrid, 1998) bajo la coordinación del arqueólogo español José Alcina Franch; una obra que, sin duda, viene a cubrir un vacío en el mundo de los lectores en lengua castellana. Pero cabe preguntarse: ¿qué es un diccionario? Según la edición de 1969 de la *Encyclopaedia Britannica*, se trata de un libro de referencia que contiene palabras, por lo general puestas en orden alfabético, y seguidas de información sobre su pronunciación, etimología, significado, etc. El término diccionario (que procede del latín *dictio*, "acto de hablar") se aplica a compilaciones similares, y también puede ser la designación genérica para cualquier publicación de locuciones ordenadas alfabéticamente, relativas a un área particular del conocimiento, y acompañadas de una explicación de sus significados, derivaciones y aplicaciones. Una enciclopedia, en cambio, es una obra más amplia y, en sus orígenes la palabra significaba para los griegos el aprendizaje de un sistema total del saber. Una suerte de compromiso es cuando el diccionario contiene la información característica de una enciclopedia —que trata o se ocupa de un amplio campo del conocimiento— y entonces se dice que es un diccionario enciclopédico: éste parece ser el caso de la obra que nos ocupa.

El *Diccionario de Arqueología* es el resultado de un largo y complejo proceso en el que intervinieron como directores de área J. Alcina Franch (coordinador del volumen), J. Alvar Ezquerro, J.M. Blázquez, M.ª I. Martínez Navarrete y G. Ruiz Zapatero; además de la colaboración de reconocidos arqueólogos europeos y americanos.

Según palabras de Alcina Franch, se trataba de hacer un manual de contenido universal, de gran densidad en cuanto a su contenido, y que cada entrada estuviera acompañada de ilustraciones y una bibliografía bien elegida. La obra está dirigida a estudiantes y egresados jóvenes de las Facultades de Geografía e Historia de las

universidades españolas, que tuvieran inclinación hacia la arqueología, prehistoria e historia antigua, sin que se excluya a los universitarios con intereses similares de la América Latina. Pero, además, está pensada como herramienta explicativa y auxiliar para un público culto, aunque no especializado, con curiosidad por el arte y la arqueología de las sociedades antiguas de todo el mundo. El alcance geográfico del diccionario es, como se dijo, universal y también se han incluido términos procedentes de áreas del conocimiento afines a la arqueología, como son la geología del Cuaternario, paleobotánica, paleozoología, paleoantropología y mitología.

La obra presenta un sistema sencillo de referencias cruzadas, además de un índice analítico de nombres propios, topónimos y materias. La bibliografía ha sido seleccionada con amplio y actualizado criterio, lo que permite profundizar con relativa facilidad el conocimiento sobre determinados temas o materias. Al final se anexan quince mapas con las localidades arqueológicas mencionadas en el texto. Las ilustraciones, que en todos los casos han sido tomadas de las publicaciones originales, agilizan la lectura y ayudan a una mejor comprensión de las entradas. Todo revela la acertada tarea de coordinación de un equipo amplio de especialistas, que desde el inicio mismo del trabajo se manejó con criterios muy actualizados de divulgación científica. Al respecto podemos leer en la Introducción: "La mayor parte de los diccionarios conocidos dan escasa importancia a la bibliografía, mientras que en nuestro caso hemos tratado de llevar este aspecto hasta el extremo de lo posible en un volumen de esta naturaleza, tanto por lo que se refiere a la cantidad, cuanto a la novedad de los textos seleccionados y a su calidad. Eso quiere decir que el lector de la obra no solamente tiene un estado de la cuestión puesto al día de manera sintética y con buenos juicios de valor, sino que a la vez se le ofrece la oportunidad de ampliar y profundizar cualquier tema, con lo que el lector tiene a su alcance una incomparable biblioteca de arqueología mundial actualizada".

Es importante señalar varios aspectos de franca novedad en los contenidos, sobre todo si se tiene en cuenta que en este tipo de obras predomina una visión conservadora y tradicionalista. Uno de ellos se refiere a la orientación teórica y metodológica del texto, que ha contemplado la actual renovación en los planteamientos de la arqueología en todo el mundo. Como bien se dice, el hecho de que el *Diccionario* esté dirigido, preferentemente, a un público universitario joven, puede tener una notable repercusión sobre los futuros modos de hacer y entender la arqueología.

Respecto al papel de la disciplina fuera del ámbito académico, ese campo que los arqueólogos han abandonado en manos de Indiana Jones, es abordado, por ejemplo, en voces como "arqueología fantástica" o "medios de comunicación social y arqueología". En realidad, lo que se está señalando es la incidencia que tienen los medios masivos de comunicación social en el futuro desarrollo de la arqueología como disciplina histórico-social. Por último, es reconfortante que los

responsables del *Diccionario de Arqueología*, cuando de política se trata no se desentienden del problema. Como muestra pueden tomarse las entradas dedicadas al arqueólogo catalán –y también mexicano– Pedro Bosch Gimpera, de quien se dice que, al igual que otros muchos intelectuales españoles, tiene su vida partida en dos: antes y después de la guerra civil española (1936-1939).

Para Diderot, el más renombrado de los enciclopedistas franceses, el propósito de una enciclopedia era reunir el saber que estaba disperso sobre la superficie de la tierra, explicar su sistema general a los contemporáneos y transmitirlo a las generaciones futuras. No es ésta, por cierto, una tarea fácil si pensamos en sus dimensiones. Preferimos imaginar al *Diccionario de Arqueología* como una cartografía que nos impulsa a aventurarnos por los paisajes exuberantes del pasado, más próximos –en términos científicos y políticos– a los museos y a los relatos de viaje.

**José Antonio Pérez Gollán**

Director del Museo Etnográfico. Universidad de Buenos Aires. Moreno, 350. 1091 Argentina.  
Correo electrónico: cachilo@xlnet.com.ar

JORDI ESTÉVEZ y ASSUMPCIÓ VILA: *Piedra a Piedra. Historia de la construcción del Paleolítico en la Península Ibérica*. BAR International Series 805. Oxford, 1999. 355 pp. 105 figs. ISBN: 1 841710180.

En 1995 la editorial Síntesis me pidió que dirigiera una serie dedicada a la investigación de la Prehistoria en la Península Ibérica. Muchas son ya las personas de nuestro reducido mundo que se han visto implicadas de una forma u otra en este proyecto, del que hasta hoy han visto la luz tres obras. En el grupo de afectadas están el autor y la autora de este libro; de hecho, me siento algo responsable de su gestación, ya que les convencí para que dedicaran una buena parte de su tiempo a la a veces ingrata y desde luego dura tarea de historiar lo próximo. Sobre los grupos cazadores-recolectores –es decir, sobre el clásico Paleolítico– se ha escrito mucho en nuestras regiones –aunque mucho más antes que ahora– y las ideas, los principios, los objetivos y las finalidades han ido modificándose a lo largo del tiempo, recibiendo influencias muy diversas y llegando a conclusiones o a conocimientos de naturaleza muy distinta. Poner todo eso en orden, relatar cómo se ha contado la historia de nuestros principios como seres humanos en estas tierras, qué es lo que se ha intentado, lo que se ha conseguido y lo que falta o puede faltar, no es en absoluto una misión fácil.

Jordi y Assumpció la llevaron a cabo entre 1997 y 1998. Su obra, al acabar, resultó demasiado extensa para las necesidades editoriales iniciales, y demasiado atrevida para los gustos del editor, así es que buscaron otro lugar en el que darla a conocer. Por eso ha salido en los BAR, en su versión íntegra, detallada y, desde luego, exhaustiva. Aunque los adjetivos clave para hablar de

ella no son ninguno de los anteriores sino estos otros: original y valiente.

Para empezar hay que resaltar el hecho de que se trata de una obra única: nunca se había escrito una historia de la investigación peninsular sobre el Paleolítico. Y creo que el motivo principal queda sobradamente claro cuando se lee el trabajo de Estévez y Vila: su enorme dificultad. Parece casi imposible abrirse camino en ese bosque cerrado de obras de toda índole, de ideas preconcebidas, de asunciones previas nunca demostradas pero de enorme peso, de terrazas, cuevas, algunos huesos y mucho, mucho material lítico.

Jordi y Assumpció han ido poco a poco, como dice su precioso título *Piedra a piedra*, y para hacerlo se han armado de una postura crítica divertida y atractiva que se manifiesta en detalles muy aparentes, como los títulos de sus apartados (“Las huestes victoriosas”, “El papel carbón no siempre produce copias nítidas”, “Conclusión desesperada”, “¿Qué se hizo de aquellas bellas piezas?”, etc.) o la manera de representar la numeración de los capítulos (con dibujos de raspadores), o la forma en que aprovechan las palabras para hacer juegos muy intencionados con ellas (“(re)-formulado”, “(Pre)-historia”, “(des)integrando”, “te(cn)ocracia”, “fi-abili/deli/habili-dad”, “(m)hito”, “des-espera”, “(ne) fastos”, etc.), pero también en cuestiones más profundas, como la selección de las citas textuales o los inusuales y a veces atrevidos comentarios, algunos francamente jocosos (el quinto párrafo de la columna derecha de la p. 27 puede servir de ejemplo) incluidos entre corchetes, como todos los comentarios “desde el presente” de la pareja autora. Es evidente que también se han armado, además de esa postura crítica, de toneladas de paciencia, dedicación y entusiasmo.

Como él y ella escriben en más de una ocasión, este libro no es una enciclopedia ni un ensayo historiográfico descriptivo, sino un estado de opinión desde el que se escribe una historia de lo que se ha hecho en Paleolítico, un estado asumido como parcial, como subjetivo y, por lo tanto, como único. Para comprenderlo bien es necesario conocer la sólida y coherente trayectoria investigadora y productora de Jordi y Assumpció, lo que ambas personas han representado y representan para la investigación paleolítica de nuestro país y el lugar que ocupan en ella como pioneras en tantos aspectos (análisis funcional, arqueozoología, etnoarqueología, gestión de recursos, materialismo histórico, etc.)

Se nos presenta dividido en una dedicatoria/introducción y seis capítulos (seis raspadores) ordenados cronológicamente; las cifras en las que se fijan las divisiones están muy pensadas: 1920, la guerra civil, 1960, 1975, y 1985. Se han incluido al final amplios resúmenes en portugués y en inglés, muy prácticos, y una larga y trabajada lista bibliográfica. Cada uno de los capítulos ha sido estructurado de forma similar: tras un ensayo sobre el ambiente político, social y académico de la época, se revisa cómo avanza o cambia el esquema crono-cultural, cómo se modifica o no la explicación histórica, y quiénes son las personas que escriben sobre el tema. Además se estudian algunas monografías a modo de ejemplos y se dedica un apartado innovador

y bastante sorprendente a la divulgación y los libros de texto. Esta estructuración, repetida en cada capítulo, le da al libro una homogeneidad, una coherencia y una fuerza que contrastan con la aparente –sólo aparente– superficialidad del lenguaje que emplean.

Una de las muchas cuestiones de esta obra que llaman la atención es la abundancia y riqueza de “cuadros” en los que se establecen secuencias cronológicas y culturales. La pareja autora ya resalta la existencia de esta obsesión como uno de los ejes de la investigación. Pero hay que mirar simultáneamente varios de estos cuadros pertenecientes a distintas épocas para comprobar la escasa variación de terminologías y entidades desde el principio hasta el final del siglo.

En la introducción –para mí una de las partes más deliciosas del libro– se incluye un ensayo sobre el siglo XIX, durante el que se construyen los dos argumentos básicos de esta investigación en nuestras tierras: las secuencias crono-culturales y la lucha entre el Evolucionismo y el Creacionismo. Al decir de Jordi y Assumpció, los datos empíricos no sirvieron durante ese siglo para confirmar o refutar ideas, sino tan sólo para decorar un escenario que explicaba y justificaba a la sociedad de la época. A pesar de la pobreza teórica, sorprende la cantidad de datos –y de autores– que existen antes del inicio del siglo XX (un buen ejemplo: en 1896 G. Puig i Llaraz describe nada menos que 1.509 cavernas y abrigos españoles).

El capítulo de un raspador nos lleva hasta unos años bastante conocidos, sobre todo por el peso y la personalidad de sus dos principales figuras: Breuil y Obermaier, pero también por el de muchas otras, como Carballo, Wernert, Vega del Sella, Cerralbo, Pérez de Barradas, Hernández Pacheco o Cabré. Entre clero y nobleza, la investigación sobre el Paleolítico en estos años tendrá un carácter eminentemente elitista en el que la principal preocupación es ya la formulación de la secuencia crono-cultural, mientras que aspectos sobre la vida cotidiana, la sociedad o la economía se contemplan sólo en ámbitos no especializados, de divulgación o difusión.

De acuerdo con esto, la escasa historia que nos cuenta esta investigación es prácticamente idéntica a la del siglo anterior. Los cambios se notan sobre todo en un intento por incluir en sus esquemas el evolucionismo que, al no estar aceptado en plenitud, se reinterpreta de diversas formas para que sea compatible con la creación.

En el capítulo de dos raspadores continúan la mayor parte de las figuras anteriores, añadiéndose algunas tan importantes como Pericot o los Siret. La actividad excavadora y exploradora en estas décadas es enorme, y buena prueba de ello es la larga lista de sitios paleolíticos publicados por Obermaier en su edición de *El Hombre Fósil* de 1925.

Tanto los esquemas crono-culturales como las explicaciones históricas de estos años están teñidos de racismo: los conjuntos líticos con supuestas cronologías concretas se presentan como “culturas” y estas, lógicamente, como “pueblos” o “razas”. Se construyen así unas bases relativamente sólidas, por su atribución de “naturales”, para la edificación de los nacionalismos.

T. P., 57, n.º 1, 2000

El tercer raspador es la “época oscura”. Pocas son las personalidades de la etapa anterior que sobreviven, mientras que las nuevas, como Almagro Basch, Santa Olalla, Fletcher, Jordá, Beltrán, etc. sobrellevan un fuerte peso político. Se observa éste en las interpretaciones históricas, que ahora giran en torno a tres ejes: la unidad de España, el anticomunismo religioso y el europeísmo ario o anti africanismo –este último sujeto a un sorprendente e interesantísimo movimiento de sube y baja-. En estos años comienzan también a proliferar los congresos y reuniones masivas en los que se mezclan todo tipo de temas y en los que la Academia delimita y defiende sus rígidas fronteras.

Los esquemas crono-culturales se centran ahora en el Paleolítico superior y se complican enormemente. Jordi y Assumpció nos muestran su sorpresa –que a lo largo del libro se convertirá en costumbre– ante el hecho de que las distintas interpretaciones se realizaran siempre con los mismos datos, y que lo que variase tan sólo fueran los puntos teóricos de partida, en los que se mezclaban cuestiones políticas evidentes. Y aunque se supone que el Paleolítico o la propia Prehistoria tienen ya en estos momentos una sobrada carta de naturaleza, es muy frecuente su omisión en enciclopedias, textos escolares y discursos académicos que comienzan la antigüedad en épocas protohistóricas. Así se evitaban problemas tan graves como el de tener que tomar posturas ante el Evolucionismo.

En el cuarto raspador se nos presenta la historia de la investigación entre 1960 y 1975, a los que el autor y la autora denominan “los años de la fiesta nacional” o “de la espera”. Comienzan con la muerte del abate Breuil y con la sustitución paulatina de los nombres antiguos por otros menos matizados por las situaciones políticas concretas, aunque nunca independientes de ellas. La influencia francesa, sobre todo la ejercida desde los focos de Burdeos –la parte más conservadora– y desde Arudy –la más heterodoxa– llegará a sus más altas cotas a finales de este periodo, ya en los 70. El resultado principal de tal influencia es que la investigación sobre el Paleolítico se centra en insistir aún más en la investigación crono-cultural a través del análisis de los conjuntos industriales. Se introducen técnicas de las “ciencias duras” y figuras como Barandiarán o González Echegaray inician un renovado y aún presente interés por las reconstrucciones medioambientales.

Sin embargo, por lo que respecta a las explicaciones históricas, los relatos sobre la organización de la sociedad paleolítica no pasaban de ser “variaciones sobre el tema anterior”, publicándose incluso las mismas ilustraciones que en las obras de Obermaier.

Respecto a estas explicaciones, Estévez y Vila resaltan una constante que nos puede parecer curiosa: el hecho de que todos los autores –y las escasísimas autoras– anteriores a los años 70 insistan mucho en que las explicaciones sobre la forma de vida cotidiana y sobre las formaciones sociales sólo se pueden llegar a conocer “con la ayuda de la Etnografía”, de manera que se establecen comparaciones directas entre “pueblos primitivos” y grupos del pasado de los que sólo se recogen sus piedras o, cuando mucho, sus huesos. Pero

después de anunciar esta limitación y de reconocerla como tal –disculpándose, relativizando– este principio se olvida y al público lector se le hace creer sin problemas que las conclusiones a veces incluso detallistas a las que se llega sobre la vida cotidiana, se basan –tal vez milagrosamente– en el estudio de los materiales líticos y óseos.

Los años de “las grandes esperanzas”, entre 1975 y 1985, ocupan el capítulo siguiente, el del quinto raspador. Los afanes políticos vuelven a marcar la Arqueología en el contexto de la transmisión de competencias a las Comunidades Autónomas, lo que también influye en un tratamiento muy desigual de la investigación –en fondos, en personas, en publicaciones–, antes bastante uniforme en las distintas regiones. Se forman o consolidan equipos españoles con un número de publicaciones monográficas sobre el Paleolítico que en ninguna otra época había sido o fue después superado. Pero se repite la clasificación “cultural” y la ordenación de las culturas resultantes llegándose al mismo tipo de conclusiones que en los años de Breuil. Pero como el mundo occidental y la ciencia han cambiado, se pretende modernizar las investigaciones con el uso de complejos sistemas de registro, con técnicas estadísticas y con lenguajes depurados. Aunque visto desde el presente, todo este esfuerzo sirvió de poco, ya que con todo ello no se consiguió nada que no hubiera podido proporcionar la mera aproximación cualitativa anterior.

Como característica general de esta época, Estévez y Vila apuntan la dialéctica entre dos concepciones distintas de la ciencia: una positivista basada en la acumulación de datos y la inmutabilidad de las ideas de base y la otra que pretendía llegar a conocimientos distintos mediante hipótesis construidas con la superación de las tesis anteriores. En este último grupo se desarrollan sobre todo los estudios arqueozoológicos, sustituyéndose la obsesión crono-cultural por la de la subsistencia.

El sexto y último raspador se dedica a los años finales, desde 1986, fecha en la que España y Portugal –que nunca se queda fuera en esta obra– se incluyen en la Unión Europea y que en España se consolida la nueva división administrativa con lo que ello supuso de revolución para la propia Arqueología, hasta 1998. Los nuevos gobiernos locales se interesan por financiar Historias Autonómicas, en las que el Paleolítico suele tener un peso escaso, a no ser que se trate de algo tan atractivo como la búsqueda del “europeo más antiguo” –lo que se consiguió con Atapuerca–. El resultado principal de todos estos cambios, en los que la aparición de la Gestión de la Arqueología ha desempeñado un importante papel, ha sido un fuerte descenso en el número de yacimientos investigados y una gran diversidad de opciones teóricas que se comprueba bien en las publicaciones sobre Paleolítico superior. Por otro lado se produce un evidente esfuerzo por la incidencia social de la investigación prehistórica, con más publicaciones de carácter divulgativo y un notable cambio en el lenguaje empleado en los libros de texto.

El último apartado de este capítulo, titulado “¿Futuro perfecto?” es otra de mis partes preferidas. Se dedica a

las nuevas generaciones y medita sobre el contenido y el significado de la obra en su totalidad, intentando explicar cómo es posible que los muy viejos y decrepitos paradigmas sobrevivan y buscando salidas, aunque sean “rendijas, para poder escapar antes de que se hunda el edificio”.

El sabor final que deja la lectura de esta impresionante obra no es optimista. Cualquiera puede preguntarse hasta qué punto tiene algo de lógica esta historia, si pudo haber sido de otra manera y, sobre todo, si hay alguna posibilidad de cambio radical en el futuro. A esta actitud la pareja autora nos contesta que ésta no es más que una de las muchas historias que pudieron ser, porque antes había alternativas y ahora también las hay. Y nos presentan su reto: trabajar y pensar más, profundizar más en nuestros conocimientos de la Antropología, definir mejor nuestros presupuestos teóricos, acercarnos más a la sociedad desarrollando teorías y medios cuyos cimientos ya están tan contruidos como los de la dialéctica materialista. Para que la historia continúe.

#### M.<sup>a</sup> Ángeles Querol

Departamento de Prehistoria. Facultad de Geografía e Historia. Universidad Complutense. Madrid.

M.<sup>a</sup> DOLORES FERNÁNDEZ-POSSE: *La investigación Protohistórica en la Meseta y Galicia*. Editorial Síntesis. Arqueología Prehistórica 1. Madrid, 1998. 295 pp. ISBN: 84-7738-582-3.

La editorial Síntesis inicia con este volumen una serie de trabajos en los que bajo la dirección de M.<sup>a</sup> Angeles Querol se presenta una visión panorámica sobre la investigación de la Prehistoria Peninsular. Partiendo de una selección geográfica y cronológica coherente, se pretende ofrecer una revisión crítica no sólo de los aspectos historiográficos de la investigación, sino también de los planteamientos actuales y de las expectativas hacia las que la investigación parece encaminarse.

La principal dificultad de un proyecto de este tipo y parte de su principal aportación es la de mantener el compromiso crítico del autor, en este caso autora, responsable de cada uno de los temas y periodos elegidos. En la investigación arqueológica española la crítica en cualquiera de sus manifestaciones se difunde en un marco donde priman los extremos desde la moderación al enfrentamiento en este último caso sobre todo de quien la recibe, no hay más que releer cualquiera de los números de la extinta *ARQUITICA*. En este caso concreto, la Protohistoria del Cuadrante Noroccidental de la Península, por su proyección en interpretaciones históricas, sociales y políticas, la atención que varias de las figuras más señeras de la investigación le dedicaron a lo largo del presente siglo y su identificación como línea de investigación prioritaria de departamentos universitarios, ilustra sobre la dificultad antes aludida.

La autora, que no pertenece al mundo académico, por su trayectoria personal, profesional e investigadora

puede dar, además de una visión menos condicionada por los usos y modos de la investigación universitaria, un enfoque crítico, autocrítico en ocasiones, que explicita claramente y ahondar en las circunstancias institucionales, propuestas teóricas y métodos aplicados en los que se desarrolló la investigación que presenta en una estructura tripartita: pasado presente y futuro. En cada uno de los tres capítulos mantiene el mismo esquema de presentación que se inicia en Cogotas I, para a continuación tratar su relación con el Bronce Final Atlántico, la transición a la Primera Edad del Hierro, los desarrollos étnicos de la Segunda Edad del Hierro y por último, la Cultura Castreña gallega.

En cada uno de los apartados la presentación, análisis, crítica y conclusiones se ha realizado a partir de una selección bibliográfica en función de la representatividad de los planteamientos de la investigación del momento que se reseña. Selección que convierte el índice bibliográfico en un valor añadido por las posibilidades que ofrece de orientación en un *corpus* bibliográfico en ocasiones de difícil manejo por su volumen y diversidad. Sin embargo la presentación alfabética de la bibliografía elimina de modo gratuito parte del mérito de la selección efectuada que sería más eficaz a partir de una presentación combinada de temas y fases de la investigación. En el primero de los capítulos se señalan las distintas alternativas que siguieron las definiciones de áreas culturales y culturas a partir de las propuestas de algunos de los investigadores más significados, construidas en su mayoría a partir de secuencias regionales de rasgos materiales. Estas reconstrucciones se desarrollaron en un Marco Conceptual dominado por un Positivismo a ultranza, la Migración como la explicación de la aparición de tipos arqueológicos, un enfoque idealista de corte nacionalista, y en el caso de los pueblos prerromanos de la Segunda Edad del Hierro, la constatación de la falta de interrelación, en todo caso yuxtaposición, de los datos arqueológicos, históricos y lingüísticos. En esta presentación la selección de autores y su representatividad marcan también un denominador común a los presupuestos teóricos reseñados: el principio de autoridad que llevará a una ausencia de posiciones críticas que en algunos casos se va a mantener hasta el presente.

Así pues, desde un cierto escepticismo se aborda la situación de la investigación presente que la autora significativamente titula: “Prejuicios y viejos problemas”. La realidad de la investigación de las últimas dos décadas se presenta lastrada por esa falta de posicionamiento crítico, que deposita la esperanza de solución en el aumento del volumen de información sobre un registro que se juzga o insuficiente o de mala calidad. Pero como señala la autora, un registro seguirá siendo malo si no se adoptan las estrategias investigadoras adecuadas. Es en esa dirección en la que decide ampliar la presentación y crítica de datos de la investigación presente, para los que sigue un esquema fijo: estado de la cuestión, temas sometidos a debate, carencias y resultados y a los que en ocasiones en función de su criterio o experiencia investigadora, como contraste o *addenda* propone su propia hipótesis de trabajo. Lo interesante

T. P., 57, n.º 1, 2000

de su enfoque es que a la postre no se trata tanto de la crítica y valoración de los datos y propuestas que maneja la investigación, que puede dar lugar a minuciosas discusiones en un enfoque limitado, como de si ésta es capaz o no de percibir que se consigue aumentar la comprensión de los desarrollos culturales protohistóricos. Lo significativo no es tanto si las contestaciones a unas determinadas preguntas son satisfactorias, como la necesidad de valorar la idoneidad de dichas preguntas, por originales que puedan parecer, y el planteamiento teórico que subyace en ellas, que en ocasiones orienta las conclusiones hacia posiciones cercanas a los presupuestos anteriores.

La posición de la autora es preguntar desde otras perspectivas y enfoques, prácticos y teóricos y a pesar de que las respuestas puedan parecer incompletas, comprobar que nuestro conocimiento avanza significativamente aunque sólo sea en la valoración de la complejidad de los procesos culturales. Así en Cogotas I se propone su análisis desde una perspectiva adaptativa, en la que se integre su contingente demográfico y su movilidad característica en un espacio amplio y diversificado. Su desarrollo durante un largo período con pocos cambios que parecen concentrarse sólo en su fase final, se orientan hacia una propuesta de una sociedad flexible y extensa con un cierto equilibrio entre recursos y población, cuyos atisbos de jerarquización social se engloban en el término de liderazgo. En el caso de la Edad del Hierro en la Meseta, ante la propuesta presente de unidad cultural en torno al grupo Soto, se plantea la posibilidad de convivencia con una regionalización “inevitable” a partir de un sustrato diversificado y dinámico de los distintos Bronces Finales mesetenses. Para los grupos culturales de la Segunda Edad del Hierro la recuperación del factor étnico, en el que destacan como avances, el enfoque holístico, un modelo más complejo para explicar lo “céltico” y la propuesta de que las etnias y núcleos urbanos de la Meseta son el resultado de un desarrollo continuo, que no lineal. En este ámbito destacan las aportaciones enriquecedoras sobre el poblamiento, a partir de los trabajos de enfoque espacial sobre los asentamientos vacceos, junto con los que intentan la delimitación de la estructura social a partir de la estructura interna de los asentamientos y la lectura matizada de las necrópolis.

Para la cultura castreña del Noroeste señala la paradoja entre la abundante información proporcionada por un único tipo de asentamiento, de fácil localización y delimitación en un paisaje no demasiado transformado y las carencias cronológicas y espaciales de la investigación plasmadas en los problemas de identificación de los castros como prerromanos o romanos que corresponderían no sólo a dos fases sino a dos sociedades diferentes. La revisión de las inconsistencias cronológicas y los resultados de los estudios espaciales llevan a la autora a la propuesta desde una perspectiva macro –externa– de un modelo de sociedad campesina que desarrolla durante el período prerromano grupos cerrados, autosuficientes, de asentamientos no sólo reducidos, sino muy parecidos que coexisten en el territorio de manera independiente. El período romano no sólo supone la

constatación de diferencias funcionales entre asentamientos –castrosmineros / castros agrícolas– sino una auténtica ordenación del territorio. Con la inversión del enfoque, desde una perspectiva interna, se abordan las cuestiones de emplazamiento, recintos y estructura interna de los castros. La evolución de los emplazamientos que mantienen tamaños similares en los asentamientos se explica como una orientación hacia una intensificación económica. En los aspectos sociales el recinto que en su construcción refuerza los vínculos internos del grupo y marca en el paisaje su demarcación territorial y la modelización del espacio interno de los castros junto con la ordenación de las unidades domésticas, definen una sociedad jerarquizada y compleja en cada asentamiento. Este tipo de sociedad aparece poco integrada en lo político fuera del propio asentamiento, que se convierte en uno de los principales referentes de identidad tal como se constata en la epigrafía de la zona caracterizada por la aparición de una *c invertida* que los lingüistas interpretan como *castellum* es decir castro.

La orientación del futuro de la investigación se organiza en dos grandes bloques. El primero, en el que se revisan principalmente Cogotas I, Bronce Atlántico y las culturas de la Edad del Hierro, deja traslucir en la redacción de los epígrafes un claro pesimismo. En el caso de Cogotas I se dibuja un panorama caracterizado por la indiferencia hacia los distintos enfoques teóricos y la escasa aplicación de analíticas, pero sobre todo por las carencias en los estudios territoriales y la infrutilización de los datos medioambientales. Para este panorama la autora sugiere que un cambio sustancial se derivaría de un enfoque a escala regional que pudiera integrar la estructura interna de los poblados, datos paleoeconómicos y los modos de explotación o domesticación del paisaje de Cogotas I. Otro enfoque podría orientarse al análisis de las diferencias entre Cogotas I y los desarrollos de los grupos culturales en los que aparecen sus cerámicas, tratando de profundizar en el planteamiento de los diferentes procesos de desarrollo durante la Edad del Bronce Peninsular. Similar propuesta en lo que se refiere al enfoque integral de estudios espaciales con datos paleoeconómicos se propone para el estudio de las culturas de la Edad del Hierro, en las que tradicionalmente no se aprovechaba el potencial de los datos medioambientales.

En lo que se refiere a la cultura castreña se abordan las distintas estrategias de investigación que se orientan hacia el futuro, enmarcadas en la denominada arqueología del paisaje, considerándolo no sólo como la base de los procesos históricos sino también como su resultado. Sus planteamientos van tanto desde la perspectiva de las transformaciones de un paisaje concreto, como a los aspectos sociales y simbólicos desde los que una comunidad posee un determinado entorno. Se plantean en sus certezas y contradicciones las dos líneas de reconstrucción de la cultura castreña: por un lado su carácter campesino más claro en algunos de los niveles de análisis arqueológico frente al posible carácter guerrero menos explícito por el momento, pero no por ello descartable en las hipótesis de las investigadoras e investigadores.



Por distintos conceptos se puede considerar el presente trabajo como una muy estimable aportación al panorama de la investigación protohistórica peninsular. Cabe destacar su consecuente sentido crítico frente a la significativa ausencia del mismo en bastantes planteamientos de la investigación presente. Desde esta posición puede faltar una cierta perspectiva más general en los aspectos sociales e históricos que enmarcaban las hipótesis interpretativas que caracterizaron el pasado de la investigación, cuya crítica se efectúa desde un enfoque cercano en el que se centra la atención sobre aspectos personales. Sin duda, el sentido y precisión de sus críticas –autocrítica en ocasiones– para el momento presente, no será compartido en su totalidad, en aspectos fundamentales y secundarios, pero la mera formulación de las mismas dota de un atractivo notable a este trabajo, en lo que de orientador y propiciador de nuevas posiciones puede tener para un sector del mundo académico: los alumnos y alumnas del 2º ciclo y Doctorado. Hay también ausencias llamativas, como es el caso del invisible mundo funerario de la fase indígena de la cultura castreña gallega. Siendo como es un “clásico” en el pasado y el presente de la investigación, resulta incomprensible que la autora no le dedique espacio ni para su valoración, ni para una propuesta alternativa, que si se ofrecen para otros “clásicos” de la protohistoria peninsular. También sería deseable en la clara orientación de la autora por el enfoque espacial en su más reciente concepción de arqueología del paisaje, una mayor extensión en los fundamentos teóricos de los distintos proyectos de investigación que la utilizan; procesualistas, materialistas estructuralistas etc..

En resumen, en el presente trabajo y desde una perspectiva coherente se asume de modo integrador las que se apuntaban como nuevas visiones críticas dispersas en la literatura científica más reciente para el ámbito cronológico y espacial elegidos. La argumentación que se presenta y las alternativas que se proponen, conforman un panorama complejo con difíciles interrogantes cuya exposición, suscita sin embargo repetidas y sugerentes lecturas.

**Juan Pereira Sieso**

Area de Prehistoria. Facultad de Humanidades de Toledo. Universidad de Castilla-La Mancha. Plaza de Padilla, 4. 45071. Toledo.

ANA M.<sup>a</sup> MARTÍN BRAVO: *Los orígenes de Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 2, Ed. Real Academia de la Historia. Madrid, 1999, 316 pp. ISBN: 84-89512-46-9.

Con el sugerente título *Los orígenes de la Lusitania. El I milenio a. C. en la Alta Extremadura* el segundo número de la serie Bibliotheca Archaeologica Hispana recoge la síntesis de resultados de la Tesis Doctoral defendida, en noviembre de 1996, por A.M.<sup>a</sup> Martín Bravo en la UCM. Un título que, conviene resaltar, da continuidad en fondo y forma a una línea investigadora

y editorial que tiene sus más recientes referencias en los trabajos de A. Lorrio Alvarado (1997) y J. Álvarez Sanchís (1999) sobre “Los Celtíberos” y *Los Vettones*, respectivamente, o el editado anteriormente por M. Almagro-Gorbea y G. Ruiz Zapatero (1992) sobre la “Paleoetnología de la Península Ibérica”. Por otra parte, el estudio de Martín Bravo participa de lleno de la efervescencia investigadora y bibliográfica que sobre los más diversos aspectos y períodos de la “Extremadura Protohistórica” se está produciendo en los últimos años (VV.AA., 1990; Berrocal Rangel, 1992; Almagro-Gorbea y Martín, 1994; Enríquez y Velázquez, 1995; Pavón Soldevila, 1998; Rodríguez Díaz, 1998). Una coyuntura que, dicho sea de paso, está contribuyendo a diluir, desde ópticas y planteamientos distintos, la polarizada y singular imagen que de la “protohistoria extremeña” han mantenido y realimentado durante largo tiempo las investigaciones sobre Medellín y Cancho Roano.

El libro se estructura en siete capítulos y varios apartados complementarios a través de los cuales su autora marca los hitos principales de un particular recorrido por los tiempos protohistóricos de la Alta Extremadura. Dicho recorrido, que desde un principio se plantea como objetivo principal caracterizar socioeconómica y etnoculturalmente las sociedades prerromanas del Tajo extremeño, se inicia por un capítulo que incluye la historia de la investigación sobre la Edad del Hierro en nuestra región y los fundamentos conceptuales y metodológicos del trabajo. Entre éstos, destacamos de entrada la meritoria tarea prospectiva realizada en entornos especialmente extensos y difíciles, en los que el enorme esfuerzo desplegado no siempre recompensa los resultados buscados. A pesar de ello, la autora parte del convencimiento de que el estudio de los patrones de asentamientos constituye una de “las vías más fructíferas y que mejor reflejan las transformaciones experimentadas en las sociedades”. En un segundo capítulo, Martín Bravo desarrolla una introducción geográfica –quizá algo escueta en sus apartados sobre aprovechamientos y recursos mineros, especialmente relevantes a nuestro juicio para entender la dinámica interna de estos grupos– en la que trata de ofrecer las claves que definen y singularizan la cuenca extremeña del Tajo como espacio transicional entre el Suroeste y el interior peninsular. Los capítulos siguientes (III al VI) constituyen el núcleo del presente estudio, en la medida que tratan de ilustrar y explicar la evolución del poblamiento protohistórico de esta zona desde el Bronce Final hasta época romana. Ante la imposibilidad de contar con estratigrafías o resultados de excavaciones propias, la línea argumental de dichos capítulos se fundamenta en una propuesta evolutiva del poblamiento en la que se concede una particular atención a las fortificaciones y a la paulatina relocalización topográfica de los asentamientos. A partir de dichos aspectos y desde una concepción continuista y acumulativa, se propone un proceso de transformación poblacional que, en virtud de los aspectos geoestratégicos, socioeconómicos y culturales propios de cada etapa, se concreta en la definición de poblados cada vez más estables que evolucionan desde los encumbrados núcleos serranos del Bronce

T. P., 57, n.º 1, 2000

Final, sin ningún tipo de defensa artificial, hasta las discretas elevaciones en las que se asientan los llamados “castros de rivero” del Hierro Pleno, con sólidos y complejos sistemas defensivos. Dichos asentamientos constituyen la célula básica de un poblamiento desarrollado entre Lusitania y el núcleo vettón, articulado en *populi* diversos que “por su pequeñez y poca importancia” no fueron dignos de mención en las fuentes. A pesar de ello, su reconocimiento arqueológico permite vislumbrar unas señas de identidad que, a juicio de Martín Bravo, radican en la síntesis y reinterpretación progresiva de los influjos atlánticos, mesetños y meridionales que se fueron sucediendo a lo largo de casi mil años de historia, y que acabarían diluyéndose en el orden territorial y político-administrativo impuesto por los romanos. Concluye el libro con una síntesis de resultados (capítulo VII) y los correspondientes apartados de bibliografía, índices de figuras, yacimientos y dos anexos dedicados al “Análisis antropológico de la incineración del yacimiento de Sierra de Santa Cruz (Cáceres)” y a la “Prospección eléctrica en el castro de El Castillejo de la Orden (Alcántara)”.

Sin desmerecer en absoluto el esfuerzo realizado por su autora, el presente trabajo invita, no obstante, a la reflexión y al análisis crítico de algunos de los aspectos e hipótesis que en él se recogen. Necesariamente, dicha reflexión tiene como punto de partida y de llegada la falta de estratigrafías, excavaciones sistemáticas y bases cronológicas firmes que fundamenten arqueológicamente las propuestas de Martín Bravo. Si bien es cierto que la autora refiere en distintos momentos del trabajo la imposibilidad de realizar sondeos, dicha circunstancia en no pocos casos da la impresión de convertirse en cómplice y aliada de ciertas propuestas tan valientes como arriesgadas sobre la evolución del poblamiento. Todo ello encuentra su mejor expresión en el propio ordenamiento y presentación del catálogo de yacimientos. En contra de lo que suele ser habitual en este tipo de trabajos, dicha catalogación no se recoge como capítulo independiente que ilustre y comente de forma individualizada y crítica la información arqueológica disponible. Sin ningún tipo de prioridad para los lugares excavados y con un lenguaje a veces tajante, los sitios aparecen directamente adscritos a los horizontes crono-culturales contemplados al comienzo de la obra, lo cual acaba resultando confuso y, sobre todo, determinante en el desarrollo del discurso interpretativo.

En este sentido, resulta llamativa la rotundidad con que se contemplan fases ocupacionales, se datan estructuras defensivas o se adscriben a una etapa concreta algunos yacimientos claves en la caracterización del hábitat a partir de muestreos cerámicos especialmente indefinidos o de piezas metálicas de procedencia incierta; elementos éstos que, dicho sea de paso, no siempre justifican una ocupación de un enclave determinado. A veces se tiene la impresión, quizá equivocada pero no por ello menos espontánea, de que dicho discurso depende en exceso de una concepción interpretativa preconcebida sobre el grado de estabilidad del poblamiento durante el Bronce Final, el auge y final del Orientalizante, el origen e identidad cultural de los

castros, la celtiberización o el contacto con los romanos. Sin faltar propuestas sugerentes y asumibles acerca de la singularidad cultural del Tajo o los mecanismos de interacción con el mundo tartésico, el discurso en su globalidad deviene en una visión un tanto uniforme y simplificada de la “protohistoria altoextremeña”. Tal impresión se nos hace especialmente intensa en el tratamiento dado a los siempre complicados períodos de crisis y transición acaecidos durante la Edad del Hierro. Cómo se encararon y cómo se resolvieron son cuestiones que se nos antojan claves en la valoración y caracterización del proceso histórico-cultural desarrollado en un espacio periférico y fronterizo como el que representa la actual región extremeña.

Si bien es cierto que, salvando los propios particularismos regionales, el tránsito entre el Bronce Final y el Orientalizante parece desarrollarse en un claro ambiente de continuidad cultural como evidencian las estratigrafías recientemente obtenidas en El Risco y Aliseda, y mucho antes en Medellín y Badajoz, no es tan sencillo definirse en los mismos términos sobre la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro. Dicho tránsito exige, a nuestro entender, un mayor rigor y precisión en la caracterización del hábitat post-orientalizante, en su evolución socioeconómica y cultural y en su definición cronológica. Dichas cuestiones se resuelven en el estudio de Martín Bravo apelando a planteamientos y periodizaciones tradicionales, que a la luz de los últimos resultados arqueológicos obtenidos en nuestra región invitan cuanto menos a la reflexión, si no ya a la revisión. En este sentido y en función de estos resultados, nuestra percepción de estos siglos post-orientalizantes nos sitúan ante una fase de tránsito y de respuesta a la crisis tartésica que parece tener hondas repercusiones en la estructuración social y económica de esta zona. La intensificación de las actividades agropecuarias tras la desaparición de la demanda tartésica de materias primas y la fragmentación del poder orientalizante en células de poder aristocrático, como las posiblemente representadas en Cancho Roano, La Mata de Campanario y quizá también El Torrejón de Abajo, se perfilan como aspectos esenciales de un sistema abocado a una crisis irreversible. Dicha crisis, que en parte puede explicar la tensa dialéctica surgida entre un pujante mundo rural y un proceso urbano en ciernes y el carácter expansivo de los pueblos ganaderos de la Meseta, podría justificar el abandono hacia el 400 a.C. de los sitios referidos o la propia Aliseda, que no volverá a ocuparse hasta el cambio de Era. En este sentido, nos sorprende sobremanera la lectura que Martín Bravo hace de la estratigrafía obtenida por nosotros en Aliseda, defendiendo una ocupación durante el Hierro II de este lugar, en absoluto documentada en los sondeos realizados (Rodríguez y Pavón, 1999).

En cualquier caso, a la luz de los trabajos arqueológicos llevados a cabo hasta el momento en nuestra región, parece evidente que es a partir de este momento y no antes cuando tiene lugar el proceso de reestructuración territorial, socioeconómica y cultural que personaliza el Hierro II extremeño. Dicho panorama parece



tener en los “castros de rivero” del Tajo la mejor expresión de un tiempo en el que los vínculos con el mundo vettón parecen relegar a un segundo plano las conexiones meridionales. De este modo, tanto el material recuperado de los poblados como los expresivos ajuares procedentes de las necrópolis del Tajo extremeño dejan entrever un panorama sociocultural predominantemente vettón, especialmente remarcado por el casi centenar de esculturas zoomorfas que, con sus propios particularismos tipológicos y una manifiesta gradación Este-Oeste, se reparten por la actual provincia cacereña. Por todo ello, nos resulta un tanto desconcertante la indefinición etnocultural con que Martín Bravo resuelve la caracterización de las poblaciones prerromanas altoextremeñas y, más aún, nos sorprende la utilización del término Lusitania en el título de la obra. Da la impresión que la autora queda en cierto modo atrapada entre sus concepciones continuistas y un registro arqueológico de difícil conexión con los patrones poblacionales, paleoeconómicos e incluso tecnoculturales precedentes.

Otro de los momentos críticos de la “protohistoria extremeña” es el que representa el contacto con los romanos. Aunque reconocido en un capítulo independiente, su valoración en los términos “de acumulación” que presiden el trabajo a veces camufla la trascendencia histórica de esta etapa. De hecho, en las páginas iniciales del libro la autora prolonga la cronología del Hierro Pleno hasta el siglo I a.C., minimizando a nuestro juicio los convulsos momentos que desde mediados del siglo II a.C. parecen vivir los castros extremeños, en general. De hecho, en los excavados hasta ahora se detectan de forma clara restos de destrucciones y de rápidas reconstrucciones que parecen asociarse de forma evidente a la presencia romana. Justo en los momentos previos a todo ello, hacia finales del siglo III o comienzos del II a.C., Martín Bravo sitúa el origen de los *oppida* y la celtiberización de este territorio. Aunque sobre ambas cuestiones la autora pasa de puntillas, de nuevo sus consideraciones parecen dar la espalda al registro arqueológico regional en favor de posturas y planteamientos en mayor o en menor grado contrastados en otras geografías. En concreto, nos referimos, por un lado, al hecho de relacionar el origen de los *oppida* con la cohesión y la defensa del territorio frente a Roma; y, por otro, a la vinculación de elementos celtibéricos con élites ecuestres o expediciones de fortuna procedentes de la Meseta oriental en un contexto de celtización acumulativa que incluso pudo desarrollarse durante época republicana. Por el momento, ni las fuentes ni el registro arqueológico extremeño han ofrecido pruebas concluyentes de que dichos acontecimientos rebasen los comienzos del siglo II a.C., lo cual a nuestro juicio invita a contemplar otras opciones interpretativas que, sin excluir las anteriores, contemplen tanto el origen de los *oppida* como la presencia de celtíberos en este ámbito dentro de las “soluciones de tránsito” tuteladas por los propios romanos que conforman la antesala de la plena integración de este espacio al Imperio.

En su conjunto, estas consideraciones sobre el trabajo de Martín Bravo ni mucho menos han de entender-

se como críticas severas a un meritorio trabajo, cuyo principal activo en nuestra opinión es el prometedor horizonte investigador que abre sobre los territorios protohistóricos extremeños. Las ideas que hemos esbozado sobre el mismo constituyen ante todo reflexiones sobre la aplicación de los modelos acumulativos a un espacio como el nuestro, cuyo carácter periférico y fronterizo quizá precise de otras formas explicativas en las que la continuidad y discontinuidad cultural constituyan elementos no excluyentes en el discurso histórico.

- ALMAGRO-GORBEA, M. y MARTÍN BRAVO, A.M. (1994) (eds.): Castros y oppida en Extremadura. *Complutum*. Extra, 4. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (1992): Paleoetnología de la Península Ibérica. *Complutum*, 2-3. Madrid.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (1999): *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, 1. Madrid.
- BERROCAL RANGEL, L. (1992): Los pueblos célticos del Suroeste. *Complutum*. Extra 2. Madrid.
- ENRÍQUEZ NAVASCUÉS, J.J. y VELÁZQUEZ, A. (eds.) (1995): Celtas y Túrdulos: La Beturia. *Cuadernos Emeritenses*, 9. MNAR. Mérida.
- LORRIO ALVARADO, A. (1997): Los Celtíberos. *Complutum*. Extra, 7. Madrid.
- PAVÓN SOLDEVILA, I. (1998): *El tránsito del II al I milenio a. C. en las cuencas medias de los ríos Tajo y Guadiana: la Edad del Bronce*. Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones. Cáceres.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A. (coord.) (1998): *Extremadura Protohistórica. Paleoambiente, Economía y Poblamiento*. Universidad de Extremadura. Servicio de Publicaciones. Cáceres.
- VV.AA. (1990): La Cultura Tartésica y Extremadura. *Cuadernos Emeritenses*, 2. MNAR. Mérida.

#### Alonso Rodríguez Díaz

Área de Prehistoria. Dpto. Historia. Facultad de Filosofía y Letras. Univ. de Extremadura. 10.071 Cáceres.  
Correo electrónico: alonso@unex.es

JESUS R. ÁLVAREZ-SANCHÍS: *Los Vettones*. Bibliotheca Archaeologica Hispana, Real Academia de la Historia, 1. Madrid, 1999. 423 pp., 145 figs. ISBN: 84-895112-329.

*Los Vettones* se incorpora de forma oportuna a la cada vez más nutrida serie de estudios y monografías sobre los pueblos prerromanos de la llamada área céltica peninsular. No es que antes no se hubiera escrito sobre ellos; pero, al hacerlo, los arqueólogos los presentaban exclusivamente como entidades arqueológicas desarrolladas en las Edades del Hierro regionales y dejaban a los historiadores de la antigüedad los problemas de su identidad étnica, el carácter de sus instituciones y, en definitiva, de su estructura social. Esta división de tareas y materias no sólo provenía del tipo de

T. P., 57, n.º 1, 2000

argumentos y documentación que utilizaba cada disciplina, sino, y sobre todo, de los presupuestos desde los que se elaboraba esa arqueología regional, todavía sujeta a una inercia positivista y empeñada en la construcción de secuencias histórico/culturales.

De esta forma, la primera novedad del libro de Álvarez-Sanchís reside precisamente en el título (sea la correcta grafía de los vettones “t” doble o sencilla). En efecto, sólo en los años noventa los nombres que los textos clásicos dan a los pueblos prerromanos remontan la Historia para entrar de forma expresa en la arqueología protohistórica. Eso sucede tras largos años de titular los estudios sobre áreas culturales y periodos del Hierro por tipos de asentamientos y geografías administrativas, como es el caso de los castros zamoranos y sorianos, o por elementos singulares, como las culturas de los verracos y la “celtibérica” de la cerámica pintada. Denominaciones no menos comunes que las de culturas bautizadas con el nombre de su primer yacimiento conocido y circunscritas a un espacio geográfico natural, cuyo mejor y más repetido ejemplo es sin duda el Soto de Medinilla en la Cuenca del Duero.

Aquellas construcciones culturales no dejaban de ser tan artificiales como las que ahora se titulan con el evocativo nombre de una etnia. Pero el cambio, aunque convencional, es elocuente. Además, vacceos, celtíberos, astures y, ahora, vettones, vuelven a la arqueología de la mano de una espléndida generación de investigadores que con mayor o menor generosidad los han alimentado con enfoques territoriales, económicos y sociales y que no acusan la menor inhibición a la hora de discutir otras fuentes que las arqueológicas. Baste recordar las propuestas de investigadores de la Universidad de Valladolid para los vacceos, el pródigo trabajo de Burillo sobre los celtíberos que, desde esa plataforma que desde 1987 son los Simposios sobre esta etnia hasta su último libro editado por Crítica en 1998 (y aún tenemos noticias de otro a punto de publicación), ha sido un acicate para los estudios sobre el Hierro peninsular. También los celtíberos han sido atendidos recientemente, aunque desde una óptica diferente, por Lorrio, cuya síntesis presenta no pocos paralelismos con la del libro que hoy comentamos; no en vano ambos son el resultado de un planteamiento que vimos nacer con interés hace una década en la Universidad Complutense, de la que significativamente provienen estos dos jóvenes autores.

Me refiero a la iniciativa que reunió a fines de 1989 a un grupo numeroso y dispar de investigadores bajo la pretensión de aunar los datos de las fuentes literarias, epigráficas y lingüísticas sobre esos pueblos prerromanos con las arqueológicas. Su objetivo era definir tales etnias en sus manifestaciones arqueológicas. A ese cruce de registros se unía, además, un claro renacer del celtismo y la aspiración normativista de construir filiaciones culturales de larga diacronía en un esquema regional. En definitiva, un programa que había funcionado ya en las primeras décadas del siglo, había sido luego objeto de un profundo escepticismo que determinó su abandono y se retomaba cuando la arqueología peninsular tenía ya otras aspiraciones y planteamientos. Las

colaboraciones no secundaron ese programa, como puede observarse en el libro a que dio lugar aquella reunión (1992) y en el acertado comentario que Gilman (1995) realizó sobre él. Pero sus inspiradores, Almagro-Gorbea y Ruiz Zapatero, abrieron una vía que ha resultado positiva y en la que los prehistoriadores han demostrado más generosidad que los historiadores y lingüistas, quizás porque estos últimos sigan considerando sus fuentes más directas y explícitas que el registro arqueológico.

La obra de Álvarez-Sanchís participa de ese afán integrador de la etnógenes, pero en ella subyace la idea de lo escasamente automático de la correspondencia en el territorio entre cultura, lengua y etnia. Aún así, reúne –más que discute– en un capítulo final, de moderada extensión y contenidos, las cuestiones referentes a la identidad vettona, desde la religión al bagaje lingüístico pasando por los propios límites territoriales. Bajo el epígrafe de “Sociedad y etnia”, ese capítulo final consta de dos partes (bien diferenciadas y nada integradas) que son, en mi opinión, una clara muestra de *escuela*. La primera es un riguroso análisis social de las necrópolis y ciertos materiales arqueológicos cuyo producto son unas acertadas reflexiones, algunas de las cuales ya conocíamos de mano del propio autor en colaboración con Ruiz Zapatero (1995). En la segunda simplemente se asume para los vettones una religión y una estructura social celtas, dentro de las cuales, por ejemplo, la arqueología sólo presta algunos elementos seleccionandos –como las llamadas saunas– para llegar a la existencia de unos guerreros de los que, al menos, debería decirsenos que son los mismos que habíamos visto enterrados en las necrópolis. Este tipo de asunciones las hemos leído también en trabajos del autor, esta vez escritas en colaboración con Almagro-Gorbea (1993).

Si me he permitido comenzar por el final es porque no deja de ser ilustrativo que en él estén reflejadas, con mayor peso específico la primera pero con la misma desconexión de siempre, dos formas de aproximación al estudio de los pueblos peninsulares en el momento inmediatamente anterior a la presencia romana; pero también porque refleja cierto envaramiento académico en la adjudicación de contenidos. Por ejemplo, a la información que proporcionan los asentamientos y el territorio (dentro de las que está la interesante visión económica de los verracos, como elementos de definición de recursos y de regulación de su acceso, propia del autor) no se les otorga la oportunidad de una lectura final de carácter social que se le da, casi en exclusiva, al registro funerario; o que, tras un tratamiento reservado y cuidadoso de la cuestión del celtismo, como corresponde a la idea de desarrollo endógeno que preside el libro, se inserten explicaciones sobre la sociedad vettona dentro del paradigma céltico. Es decir, la presencia de algún referente al imaginario céltico o una mención en la documentación histórica se consideran suficientes para trasponer una generalista estructura social celta a una comunidad concreta, como es el caso.

Pero la visión de los vettones que da el autor es básicamente arqueológica. Y bien canónica. Eso se debe,

en parte, a que el libro fue primero una tesis doctoral, pero también a que se trata de una zona donde el registro presenta una incómoda desigualdad de información que bascula entre la copiosa de esos extensos cementerios excavados y el vacío de elementos menores, sobre todo los de carácter territorial. A ello se añade la tan dilatada como parcial investigación de que ha sido objeto, que ha terminado por generar una historiografía confusa donde son frecuentes las reinterpretaciones y los tópicos. Es decir, un material que necesitaba, como primera medida, ser ordenado. Esas dificultades del propio registro son sorteadas convincentemente a lo largo de este libro sensato y práctico donde la información arqueológica termina por estar bien jerarquizada. Pero hay que esperar un centenar de páginas para que los vettones salgan a escena. En efecto, aparte de los inevitables apuntes sobre el medio físico, en los dos primeros capítulos se reúnen los (¿también ineludibles?) antecedentes culturales. Es decir, el autor traza un desarrollo general desde la Edad del Bronce a la época romana. Con independencia de su validez —que la tiene— me parece prescindible la extensión con que se trata ese sustrato cultural, sobre todo cuando una continuidad o una ruptura entre poblaciones del Bronce y las del Hierro en la Meseta norte no afectan al periodo concreto que al autor interesa; incluso dentro de los enfoques de *proceso* o *tiempo largos* tan en boga. Es algo que de forma irremediable tuvo que analizar en su día, pero que podía haber expuesto con claridad mediante un par de párrafos y varias referencias bibliográficas.

Los síntomas incipientes hacia la jerarquización territorial y política que ve en Cogotas I son, por otro lado, tan comunes en otros ámbitos y épocas como la cristalización de tales tendencias en el Primer Hierro. Es evidente que a Álvarez-Sanchís le pesa la historiografía anterior, aunque en ella le esperen las enmarañadas secuencias de los castros clásicos abulenses con sus buscadas continuidades, sus no explicados hiatos y sus correspondencias con la dinámica cultural del resto de la Meseta norte. Pero, ¿quién que vaya a escribir sobre esa zona renuncia a dar su opinión sobre Cogotas I y el Grupo Soto? Además, tales dificultades tienen sus contrapartidas. Parece provechoso, por ejemplo, que esa continuidad de comunidades en el espacio se pueda mantener también en el tiempo. Desde esa premisa de continuidad los que ya pueden denominarse protovettones se jerarquizan mediante el modelo de intercambio de bienes de prestigio y suntuarios. De esta forma, una élite receptora de influjos externos (sean atlánticos, continentales o tartésicos) medra desde el siglo VII actuando como intermediaria comercial y marca sus diferencias, en su tipo castreño de asentamiento, por ejemplo, con la mucho más poblada Cuenca del Duero. Otra contrapartida de esa intensa presencia del sustrato es la frontera que marca con esta última zona la propia cultura material anterior al momento vettón que permite, por su parte, dar credibilidad a la incansablemente planteada dualidad de tradiciones económicas entre pueblos pastores y agricultores, basadas precisamente en los suelos más pobres y la menor densidad de población de este reborde montañoso suroccidental de la Cuenca.

Con independencia de un cierto determinismo geomorfológico y un no menos cierto gradualismo —cuando no linealidad— cultural, el autor consigue dar una sensación de continuidad causal donde puede enfatizar el endogenismo en la configuración étnica y cultural de los vettones. En ella lo céltico queda diluido como un aporte más a la etnogénesis regional y resuelto en modelos, más razonables que los invasionistas, de carácter expansivo y acumulativo.

Con lo anterior Álvarez-Sanchís entra en la parte central de la obra, donde se discuten los tres temas que ha elegido para caracterizar a los vettones: el poblamiento, la cultura material de las necrópolis, los verracos. El sustrato aparece aquí, de forma mucho más adecuada, para dar la necesaria visión diacrónica a esas tres cuestiones que, además, se plantean siempre en relación, sea de similitud o de diferencia, con otras áreas, vacceas o celtibéricas. Engloban, por otra parte, otras que no pueden menos que ser planteadas como abiertas. Tal es el caso de la dudosa cronología de las defensas de los *oppida* o el significado económico de los pequeños poblados de llano, aún desconocidos en su estructura interna. Pese a esas y otras deficiencias de la información arqueológica, el autor consigue hacer verosímil un sistema de poblamiento fuertemente jerarquizado expresado tanto en el territorio como en el interior de los asentamientos mayores. Esta imagen de la sociedad vettona como una formación social estratificada se concreta en el análisis, también a lo largo de la Edad del Hierro, de algunas de las producciones más significadas y seguras por su contexto arqueológico: las armas y cerámicas de los principales conjuntos de los cementerios de cremación abulenses, donde es particularmente acertada la discusión sobre la gestación tecnológica de la cerámica a torno en la zona. Con esto se completan aquellos hechos que tradicionalmente se han venido considerando como conformadores de las comunidades del primer milenio antes del cambio de Era: la metalurgia del hierro, la aparición de extensas necrópolis de incineración, la introducción del torno en la producción alfarera y, sobre todo, la mayor densidad y concentración de la población en asentamientos fortificados que terminarán constituyendo el sistema nuclearizado de los *oppida* y el modelo urbano subsiguiente.

El tercero de los temas que ha recibido la consideración de capítulo, la escultura zoomorfa, se examina desde toda posible perspectiva, pero con la constante consideración de marcador étnico de un lado y su papel en las redes de poder del nuevo orden social vettón, de otro. Así, tras situarla en el debate historiográfico, se determina —para los casi 400 ejemplares que figuran en el catálogo al final de la publicación— el proceso de talla, se propone una tipología formal con la que se llega a definir estilos y talleres, se establece una secuencia cronológica con su episodio final en época romana y un contexto histórico que superan de forma clara los estudios anteriores; pero el punto de vista más productivo es aquél en donde estas esculturas, trasponiendo su carácter de plástica, se analizan en su paisaje social y se consideran marcadores del espacio en relación directa con sus recursos. Es decir, cuando se tratan en sus as-

T. P., 57, n.º 1, 2000

pectos más territoriales, funcionales y simbólicos que, de forma conveniente, el autor hace aparecer cuando el poder generado en el modelo comercial pasa, en el Hierro vettón, al que proporciona la posesión de la tierra, con todo lo que ello implica. Uno de los temas que, por su interés, espero que el autor desarrolle en próximos trabajos.

Finalmente, esta recomendable síntesis inaugura una nueva serie de arqueología que bajo el título de Biblioteca Archaeologica Hispana publicará la Real Academia de la Historia. Le deseamos el futuro brillante que le augura este primer número.

ALMAGRO-GORBEA, M. y ÁLVAREZ-SANCHÍS, J. (1993): "La 'Fragua' de Ulaca: saunas y baños iniciáticos en el mundo céltico". *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 1. 177-253.

ALMAGRO-GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (eds.) (1992): Paleontología de la Península Ibérica. *Complutum*, 2-3. Madrid.

GILMAN, A. (1995): "Recensión". *Trabajos de Prehistoria*, 52(1): 212-214.

RUIZ-ZAPATERO, G. y ÁLVAREZ SANCHÍS, J. (1995): "Las Cogotas: *Oppida* and the roots of Urbanism in the Spanish Meseta". En B. Cunliffe (ed.): *Social complexity and development of towns in Iberia. From Copper Age to the Second Century A.D.* Proceedings of the British Academy, 86: 209-235.

**M.<sup>a</sup>D. Fernández-Posse y de Arnaiz**

Instituto del Patrimonio Histórico Español. Ministerio de Educación y Cultura. Greco, s/n. 28040 Madrid.

T. CHAPA BRUNET, J. PEREIRA SIESO, A. MADRIGAL BELINCHÓN y V. MAYORAL HERRERA: *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal (Hinojares, Jaén)*. Junta de Andalucía. Empresa Pública de Gestión de Programas Culturales y Universidad de Jaén, 1998, 250 pp., 66 fig. ISBN: 84-8266-044-6.

Con esta monografía aparece la primera publicación avalada por el Centro andaluz de arqueología ibérica, cuyo anagrama consta en el libro junto a los de la Junta de Andalucía y la Universidad de Jaén, del que cabe esperar un trabajo riguroso de documentación y renovación metodológica, en la línea desarrollada por el departamento de Territorio y Patrimonio de la Universidad de Jaén que ha impulsado su creación. Vaya, por lo tanto, por delante la llamada de atención hacia una nueva serie editorial y la mejor disposición para acogerla en el panorama científico.

El objetivo de esta obra es dar a conocer la necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal reuniendo la documentación de las excavaciones realizadas entre 1955 y 1960 bajo las direcciones de C. Fernández Chicarro y de A. Blanco Freijeiro y la de las campañas efectuadas entre 1985 y 1991 por los autores y aplicando, a la vez, una interpretación que permita una aproxima-

ción a la sociedad ibérica a través del registro funerario, de acuerdo con los planteamientos señalados por distintos especialistas ingleses y americanos contemporáneos, relacionados, por adscripción o reacción, con la *New Archaeology*, así como con la percepción de la cultura ibérica de la Alta Andalucía generada por la bibliografía española más reciente, en parte debida a los firmantes de este estudio, del que han avanzado algunas conclusiones parciales en diversos artículos.

Unas noventa tumbas excavadas con métodos tradicionales recuperan con los nuevos inventarios de que son objeto una actualidad como archivo de cultura material que se incrementa al unirse a las aproximadamente diez nuevas tumbas resultado de las últimas excavaciones las cuales destacan por su calidad en las observaciones extraídas del suelo, en la documentación planimétrica y topográfica que han generado y, muy particularmente, en la información que proporcionan respecto a las estructuras de cremación, perfectamente apreciadas por los excavadores. Los *ustrina* de Castellones de Céal son, a partir de esta publicación, una referencia obligada para la comprensión de una parte del ritual funerario ibérico, puesto que queda bien identificada tanto su situación con respecto a las tumbas como los objetos y los restos óseos que permanecen en la pira, efecto de la selección motivada por una determinada escala de valores de la sociedad de su tiempo.

La segunda parte del libro está encabezada por el epígrafe *las lecturas de la información funeraria* y contiene, en primer lugar, una reflexión sobre la viabilidad de deducir del ritual funerario las relaciones de poder de una sociedad desaparecida, según los principios teóricos ya enunciados en la introducción del trabajo. Sigue, a continuación, la descripción de aspectos crono-estratigráficos que dan a conocer las características materiales de los enterramientos, con algunas tumbas de piedra, madera y adobe que son exponente de tipos de categoría media en el contexto ibérico meridional, hasta este momento poco conocidos en sus soluciones constructivas, aquí acertadamente resueltas. La estratigrafía señala, así, dos niveles de ocupación de desigual potencia, uno del siglo VI a.C., no afectado por las excavaciones modernas, y otro de los siglos V/IV a II a.C., separados entre sí por un periodo de abandono de la necrópolis de alrededor de un siglo.

Establecidas esas bases, la reconstrucción del ritual propiamente dicho destaca la visibilidad del cementerio en el paisaje, en la ladera de la colina en donde se levanta el poblado y sobre la vía de paso secundaria del Guadiana Menor, de reconocido interés pecuario.

La recuperación de distintas cantidades y morfologías de restos óseos humanos en urnas y en espacios de cremación se convierte en argumento de diferenciación de tumbas y *ustrina*, proporcionando su análisis una aproximación a la distribución por géneros y grupos de edad de las tumbas que, en repetidas ocasiones, contienen huesos calcinados de más de un ser humano.

La metodología empleada para interpretar socialmente los elementos de los ajueres funerarios apunta hacia el planteamiento de un análisis factorial en el que puedan combinarse distintos grupos de ofrendas con la

estructura de la tumba, el número de ocupantes de la misma y su género y edad, si bien los resultados alcanzados se quedan lejos de conseguir una pauta medianamente operativa al respecto. La alta variabilidad de las combinaciones de objetos, por una parte, y, especialmente, la escasa valoración del significado de las ofrendas más comunes, dan lugar a que lo que podríamos llamar *ajuar tipo* esté aún pendiente de definir para Los Castellones de Céal, ya que este estudio apenas avanza en la consecución de ese nada simple objetivo. En efecto, al margen de la presencia/ausencia de armas – que *parece razonable (sic)* asociar a los guerreros– o de joyas, indicadores jerárquicos junto a la categoría de la construcción funeraria, se soslaya la interpretación de otras ofrendas, no tan anodinas como el silencio que las encubre deja suponer.

La simplificación de los ajuares de la mayoría de las tumbas femeninas y la frecuencia con que éstas se incluyen en sepulturas múltiples, se presta a una interpretación más profunda que la desarrollada por los autores. La composición de las panoplias, la ausencia de elementos propios del jinete y la tipología de las urnas cinerarias podríán, igualmente, haber sido tratadas más extensamente. La cerámica ática como reflejo probable de la presencia del vino en los funerales, las vasijas ibéricas para guardar alimentos, las piezas de indumentaria o de adorno, la falta de fusayolas y pesas de telar, la aparente disminución de objetos importados en los ajuares de la última fase de la necrópolis, sugieren comportamientos sometidos a prácticas que tienen que ver con el imaginario, con variantes entre sí y en comparación con otras necrópolis, cuya más extensa consideración podría haber enriquecido la advertencia de una evolución en la tipología de las tumbas del siglo III a.C. en adelante, bien señalada por los autores. Son tan escasos nuestros conocimientos acerca de la sociedad ibérica que cualquier contribución de la arqueología para llenar el vacío existente debe ser aprovechada con la máxima intensidad, aunque para ello haya que recurrir, por ejemplo, a resaltar elementos tan dispares como la tipología de las cámaras decoradas con pintura mural y el probable significado del cálato como recipiente de transporte y su papel en el rango de un sector social de comerciantes ibéricos que lo incorporan a su ajuar funerario, privado, sin embargo, de otros significantes de prestigio.

El estudio concluye con un capítulo en el que Los Castellones de Céal aparece integrado en su territorio, como un centro secundario, estratégicamente situado en una ruta orográficamente accidentada, que une la Alta Andalucía y el Sureste, enriquecido por el tráfico comercial. En consonancia con esa posición, las estructuras tumulares, fosas de adobe, pequeñas cista y cámaras de su necrópolis, perfectamente identificadas, representan los distintos niveles de riqueza y rango de los habitantes de un *oppidum* activo hasta el principio del siglo I a.C. que queda, gracias a esta publicación, científicamente documentado a partir de su necrópolis.

Como viene siendo habitual en los planteamientos de trabajo arqueológico en equipo, diversos apéndices explican los resultados de determinadas analíticas aplicadas al registro arqueológico. En este caso aparece, en

primer lugar, a cargo de C. Sánchez, la cerámica ática de las primeras campañas de excavaciones que, tal vez, hubiera cumplido mejor su cometido integrada en el inventario de cada uno de los ajuares, en la primera parte del libro, dada su importancia cronológica, iconográfica y funcional. En segundo lugar aparecen los análisis antropológicos, a cargo de J.M. Reverte y de F. Gómez Bellard, con ligeras discrepancias entre ambos que revelan la dificultad de precisar resultados a partir de cremaciones funerarias, de la que el arqueólogo debe ser consciente, y con una aportación puntual de A. Rosas. Y, por último, se publican los textos extraídos de los cuadernos de campo de C. Fernández Chicarro, breves y concisos, sin su correspondiente parte gráfica, parcialmente incluida, sin embargo, en el inicio del estudio. Se echan de menos análisis carpológicos, antropológicos y faunísticos que hubieran podido completar la documentación paleoambiental del yacimiento, de tanto interés en la perspectiva intelectual de los autores de esta monografía.

La bibliografía que acompaña esta obra tiene una relativa amplitud y es acorde con el tratamiento de los temas desarrollados en sus diversos capítulos. Sin embargo tiene algunas carencias. No se justifica la ausencia de las monografías sobre *La nécropole ibérique de Cabezo Lucero, Guardamar del Segura, Alicante* (Madrid, Alicante, 1993) y sobre *Las necrópolis ibéricas de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia)* (Murcia, 1997), yacimientos con similitudes respecto a Los Castellones de Céal. Concretamente en Cabezo Lucero el análisis tanto de las plataformas sepulcrales como de los lugares de cremación y el tratamiento de los restos óseos, se presta a ampliar la perspectiva científica de la necrópolis recientemente publicada. La exclusión, por otra parte, de obras vinculadas al estructuralismo a partir de la definición de un determinado sistema de significantes de orden social, representada por C. Bérard, L. Cerchiai, B. d'Agostino, A. Rouveret, A. Pontandolfo, F. Lissarague, A. Schnapp, I. Morris, etc., constituye, sin duda, una opción de los autores que, en mi opinión, desestima un instrumento epistemológico que hubiera podido revelarse de utilidad en la interpretación de la necrópolis, al contribuir a solucionar el discurso ideológico-simbólico –que autores como Cannon, citado por los autores, vinculan a la existencia de textos y niegan al registro material– por una vía que abre la puerta a un método de lectura indirecta de documentos arqueológicos –no sólo de imágenes– no supeditado ni a los discursos de la Arqueología de la Muerte, ni a la perspectiva del materialismo histórico, en la línea, si se quiere, de lo que los autores denominan *materialismo de corte italiano* (p. 137), que ha dado buenos resultados para conocer el imaginario de sociedades antiguas.

Con todo, *La necrópolis ibérica de Los Castellones de Céal* constituye una valiosa aportación a la investigación sobre la cultura ibérica porque recupera, por una parte, fondos dispersos de excavaciones antiguas y actualiza, por otra, la información funeraria de la Alta Andalucía que, hasta la aparición de este trabajo, no disponía de una obra de conjunto, muy bien ilustrada, con la que mostrar la arquitectura, el ritual y las ofrendas

de un conjunto de enterramientos de cronología amplia, pertenecientes a una *oppidum* de categoría media.

**Carmen Aranegui Gascó**

Dpto. de Prehistoria y Arqueología. Universidad de Valencia. Blasco Ibáñez, 28. 46010 Valencia.

**LOS IBEROS, ¿PRÍNCIPES DE OCCIDENTE?  
THE IBERIAN, PRINCES OF THE WEST?**

A lo largo de los años 1997 y 1998 los iberos, muchos siglos después de su desaparición, volvieron a viajar por Europa. París, Barcelona y Bonn fueron testigos de una exposición que con el título "Los iberos, príncipes de Occidente", reunió, bajo el comisariado de los profesores Carmen Aranegui, Jean Pierre Mohen y Pierre Rouillard, una amplia e interesante muestra de materiales de esta cultura. El proyecto, de larga gestación, había pasado por diversos avatares que llegaron a ponerlo en peligro, pero el apoyo de la Fundación "La Caixa", la *Association Française d'Action Artistique* y el *Kunst- und Ausstellungshalle der Bundesrepublik Deutschland* permitió llevarlo adelante. El resultado final fue dar a conocer en Europa, de una forma digna e incluso podríamos decir que espectacular, una de las principales culturas de la España Antigua.

Entre los acontecimientos que con este motivo tuvieron lugar, y como colofón de la exposición de Barcelona, se celebró entre los días 12 y 14 de marzo de 1998 un congreso que reunió a la mayor parte de los iberistas españoles y extranjeros. En un tiempo extraordinariamente corto para lo habitual en las publicaciones científicas, las actas han visto la luz en 1999, en forma de dos volúmenes de muy cuidada edición publicados por la Fundación "La Caixa".

El congreso se estructuró en torno a tres ponencias, a cargo de los profesores Manuel Bendala, Ricardo Olmos y Arturo Ruiz, que versaron respectivamente sobre urbanismo, iconografía y procesos socioeconómicos, y constituyeron los ejes conductores de las comunicaciones expuestas. A modo de presentación, se incluyen "Las estructuras de poder en la sociedad ibérica", de Carmen Aranegui, que 'pone en suerte' al lector sobre lo que va a encontrar en las páginas siguientes, y "Funciones, formas y figuras del poder político", de Maurice Godelier, un ensayo general de etnología comparada que marca algunas pautas aplicables al mundo ibérico. Se celebraron también varias mesas redondas que no han sido recogidas en la publicación.

Como colofón, una conferencia de clausura sobre "El te y la magdalena: en busca de la Iberia perdida", a cargo de Enric Sanmartí, recrea el hallazgo proustiano del pasado perdido a través del sabor de la magdalena mojada en te, como evocación del desencanto que para la ilustración española de finales del siglo XX supuso el hallazgo y subsiguiente pérdida de la Dama de Elche, y punto de arranque de una síntesis de los estudios sobre el mundo ibérico a lo largo del siglo XX.

La primera ponencia, de Manuel Bendala, presta especial atención a los aspectos del urbanismo ibérico que más interés han despertado en los últimos años, y especialmente a la existencia entre los iberos de un tipo de ciudad a la manera clásica. Plantea también diversas cuestiones acerca de la organización y distribución de espacios y sus sistemas de gestión, la privatización de áreas públicas, las manifestaciones visuales de las formas de poder, la cohesión y el control de la sociedad, etc. Sorprende en cambio la modestia y el conservadurismo de su arquitectura, que se refleja en la escasa atención prestada a espacios y monumentos públicos, sobre todo en las fases más antiguas.

En torno a esta ponencia se agrupan varias comunicaciones que desarrollan algunos de los argumentos del ponente acerca de la evolución de la ciudad tartésica a la turdetana, o lo que es lo mismo, de la tartésica a la ibérica. Otras tienen como centro de atención estudios y aportaciones urbanísticas de gran interés sobre poblados como La Serreta, Alarcos, Vall d'Uxó, algunos de los cuales experimentan un crecimiento en su época clásica y sufren una recesión a partir del siglo III; en los casos de La Serreta y Alarcos, el santuario perdura bastante más que el propio poblado, lo que quizás se deba por una parte a una mayor pervivencia de las estructuras religiosas que de las civiles y domésticas, y por otra a la vinculación de estos santuarios con entes supaurbanos que desbordan, en ocasiones de forma muy amplia, los límites del poblado más próximo.

Una comunicación propone estudiar los santuarios ibéricos a partir de sus paralelos mediterráneos, un camino de interés por el que se debe transitar con cuidado, ya que la falta de documentación arqueológica digna de confianza puede llevar a interpretaciones arriesgadas. Con elementos religiosos se relaciona también el Mas Castellà de Pontós, donde un impresionante conjunto de piezas plantea muchas e interesantes cuestiones, entre ellas la posible identificación de la columna como elemento de culto o estrechamente ligado al culto; esta hipótesis, que cuenta cada vez con más datos arqueológicos, podría tener un nuevo ejemplo en el edificio de La Alcudia de Elche, donde el único capitel protoeólico existente, que en la reconstrucción actual flanquea la entrada de forma similar a una de las reconstrucciones propuestas para el templo de Salomón, bien podría proceder de su interior. Son asimismo de interés los depósitos rituales de restos de óvidos de La Peña del Moro en Sant Just Desvern, que los autores valoran como prueba de la existencia de una posible clase sacerdotal.

Otra vía de estudio es la de la relación entre la arquitectura y el poder. El trabajo genérico de Francisco Gracia dedica especial atención a los esfuerzos requeridos para la construcción de edificios colectivos o de representación y al tipo de sociedad que los permitió y edificó. Pierre Moret presenta un caso específico: la construcción de murallas, uno de los pocos programas arquitectónicos conscientemente elaborados que se pueden documentar en el ámbito cultural ibérico; ello reafirma la idea del ponente de que el desarrollo social ibérico no tuvo su reflejo en una complejidad arquitec-



tónica similar a la de otras grandes culturas mediterráneas del momento.

La segunda ponencia, obra de Ricardo Olmos, lleva por título "Naturaleza y poder en la imagen ibérica". Parte de dos presupuestos básicos: primero, que no se pueden entender las imágenes ibéricas de la naturaleza sin ver en ellas el poder que para representarse a sí mismo se sirve de la imagen o de la metáfora natural; y segundo, que no puede comprenderse la representación humana en sí misma sin la continua referencia a la naturaleza que la envuelve, penetra y limita. Todo ello se articula a través de un discurso expositivo que incluye visiones históricas de la naturaleza ibérica, la relación entre ésta y la *physis* griega, el carácter ambiguo de los signos, la relación entre metamorfosis y poder, las imágenes y los mitos de fundación y la pregunta de si en los seres fantásticos que pueblan su imaginario, los iberos veían seres del ámbito divino o simples monstruos.

En torno a esta ponencia se desarrolla un conjunto de trabajos sobre la aristocracia y su representación figurada, una de las formas de autoafirmación de los grupos dirigentes respecto al resto de la sociedad. Se incluyen interesantes contribuciones acerca del santuario de El Pajarillo, la aristocracia y la caballería, el poder, la imagen en el mundo ibérico, la representación de la clase sacerdotal en los bronce y el estilo de Porcuna. Pero se abordan también temas más genéricos como la figura de la mujer, la imagen en determinados grupos pictóricos y aspectos estilísticos como la difícil y escurridiza frontera entre las esculturas ibérica y romana.

Por último, la tercera ponencia, obra de Arturo Ruiz, se titula "Los príncipes ibéricos: procesos económicos y sociales" y se centra en la conversión de una sociedad gentilicia en otra principesca; ello se refleja, según el autor, en la sustitución del culto a los antepasados en general por el culto y ensalzamiento de los antepasados de un grupo familiar como fórmula de culto colectivo; esto sería un reflejo del paso de las formaciones sociales aldeanas a las clientelares, paralelo a otros fenómenos como la transformación de la aldea en núcleo urbano y los problemas en torno a la propiedad que todo ello conlleva.

Esta tercera ponencia viene a enlazar, pues, con la primera, aunque pone especial énfasis en los principios teóricos del desarrollo de las sociedades ibéricas.

Las comunicaciones que se articulan a su alrededor están también en algunos casos bastante próximas. Se incluyen estudios territoriales como el dedicado al noroeste de la Contestania en el siglo IV a.C., que los autores interpretan como un espacio de frontera en torno a una serie de grandes yacimientos que actúan como organizadores del territorio, sobre la hipótesis ya apuntada por varios investigadores de la evidente relación de la Contestania histórica con los espacios limítrofes occidentales.

En otros trabajos se tratan aspectos más concretos, como los tipos de asentamiento de la costa central de Cataluña, que parecen reflejar una fuerte jerarquización del poblamiento con estructuras estatales dominadas por un estamento aristocrático, o el análisis de una casa de La Bastida de Les Alcuses, para la que se propone una posible función palacial. El mismo tema de una base social fuertemente jerarquizada en época arcaica se sugiere para el sureste a partir del estudio de un conjunto de monumentos funerarios y la relación entre poder, símbolo y territorio se estudia también a partir de la impresionante fortaleza de Arbeca. Los procesos de conformación del poder se abordan también en el valle del río Vinalopó en los momentos iniciales y en una parte del territorio jiennense en otros más avanzados. Otras comunicaciones valoran aspectos acerca de las relaciones entre los príncipes ibéricos y sus referentes cartagineses y romanos, el papel de los artesanos, el armamento y la sociedad y la importancia de productos como vino, aceite y salazón.

En resumen, estamos ante un conjunto de estudios de gran interés científico y divulgativo, que viene a rematar una de las iniciativas más ambiciosas de la Arqueología española en los últimos años y a poner a disposición de los investigadores un conjunto de datos, ideas, hipótesis y modelos teóricos de extraordinario interés. Junto a los catálogos de las exposiciones, editados en castellano, catalán, francés y alemán, marcarán sin duda un antes y un después para todos cuantos nos dedicamos al estudio de la cultura ibérica en Europa.

**Lorenzo Abad Casal**

Área de Arqueología. Universidad de Alicante.  
Campus de S. Vicente del Raspeig. Ap. Correos  
99. 03080 Alicante.

## FE DE ERRATAS

En la recensión de A. Uriarte sobre el libro de S. Mithen *Arqueología de la Mente. Orígenes del arte, de la religión y de la ciencia*, publicada en el número anterior (TP 56(2): 188) se cita por error como traductora del texto a M.<sup>a</sup> Eugenia Aubet, cuando debe figurar M.<sup>a</sup> José Aubet.